IDENTIDAD, HISTORIA Y CARISMA

Ponencia pronunciada en la Curia General de Roma por el padre Ángel Martínez Cuesta el 5 de diciembre de 2009, con motivo del Aniversario de la Recolección Agustiniana.

Ángel Martínez Cuesta, OAR

«Uno es escribir como poeta y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas no como fueron, sino como debieron ser; el historiador las ha de contar no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar cosa alguna.… No hay historia en el mundo que no tenga sus altibajos …; nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos» (Don Quijote, 2ª parte, cap. 3*)*

*«El desinterés por la historia […] produce una sociedad que […] no es capaz de proyectar una convivencia armoniosa y un compromiso común con vistas a la realización de objetivos futuros. Esa sociedad está muy expuesta a la manipulación ideológica. […] Así como la pérdida de la memoria provoca en la persona la pérdida de su identidad, de modo análogo este fenómeno se verifica en la sociedad en su conjunto» (*Benedicto XVI, 7.3.2008*)*

*«Sólo por medio de la historia el hombre experimenta lo que es» (*Dilthey*)*

1. Comprender, vivir y transmitir el carisma

Me toca desarrollar un tema actual, de trascendencia en la organización y actividad de la orden, pero, a la vez, bastante complejo porque incluye *la comprensión, la vivencia y la transmisión de su carisma*. En su exposición doy por sentadas su existencia y su naturaleza y, por tanto, prescindo de ellas. Exigirían un tiempo de que hoy no disponemos y podrían conducirnos a debates interminables y estériles. Me centraré más en exponer formas que nos ayuden a vivirlo de modo atento a nuestra realidad y más acorde con la antropología actual, es decir, con los criterios y expectativas religiosas de los frailes y del mundo que nos rodea, nuestro mundo.

El tema se puede abordar desde múltiples ángulos. Cabe afrontarlo con los instrumentos de la teología y de la espiritualidad o los del análisis socio-religioso y las leyes de la prospección social. Y también con las enseñanzas de la historia. Éste es el ángulo en el que yo me coloco y desde el que quisiera proyectar alguna luz que nos ayudara a ver con más claridad algunos de sus matices.

Comienzo con un ligero apunte sobre la transmisión de esa identidad, que es uno de los grandes retos culturales de nuestro mundo. Hoy por todas partes se tropieza con grandes escollos a la hora de transmitir valores. Sociólogos, y también teólogos y pastoralistas, hablan de la tremenda fractura generacional que se ha producido en las sociedades occidentales, sobre todo a partir del año 1968, y que ha afectado de lleno a la Iglesia y a todas sus instituciones[1]. Es uno de esos momentos en que, según Teilhard de Chardin, el ritmo de la evolución se dispara y adquiere ritmos de auténtica revolución. La vida religiosa quizá sea una de las más implicadas. Como si de repente y sin previo aviso hubiera perdido valor el riquísimo patrimonio de memorias históricas, de referencias literarias y artísticas, de usos y convenciones sociales, de costumbres de vida que habían constituido el cañamazo sobre el que los europeos y europeizados

[1] Cf. el libro póstumo de René RÉMOND (1918-2007), *Vous avez dit catholique?,* París, Desclée de Brouwer, 2008.

habían ido tejiendo su vida desde el Renacimiento hasta el día de hoy. Algunos atribuyen esa fractura a las tragedias que han marcado el curso de la humanidad a lo largo del siglo XX. Otros piensan en la idolatría de la modernidad y el descrédito que se ha cernido sobre el pasado, como si sólo fuera válido lo moderno, como si la superioridad de la innovación fuera un dogma y la fidelidad a los usos del pasado un simple vicio. Urge, pues, buscar medios de transmitir la propia identidad. El papa y políticos clarividentes han hablado de ello al tratar de la emergencia educativa actual y de la necesidad de dar a la escuela una mayor consistencia.

Entre nosotros el primer modo de transmitir nuestros valores es su vivencia convencida, natural y alegre. La incidencia del maestro disminuye o incluso desaparece cuando carece de ideas claras o las enturbia con una conducta incoherente. Predicadores y hombres de Iglesia, en general, desde Jesucristo a san Gregorio Magno y santo Tomás de Villanueva, y el mismo Gandhi, han subrayado una y otra vez la necesidad de la coherencia en toda labor educativa. «Nos falta autoridad», afirmaba hace unas semanas el arzobispo de Bolonia, porque no estamos seguros de los valores que hemos vivido. Una conciencia clara de la propia identidad facilita incluso el diálogo, la acogida, la relación con el otro, porque no teme la confrontación y no conoce el miedo. Por el contrario, cuando la identidad es débil, el otro es visto con aprensión y temor.

2. Connotaciones filosóficas, psicológicas y sociológicas de la identidad

La identidad es un concepto complejo, de muchas aristas, y éstas no siempre aparecen bien definidas. Es un concepto con connotaciones filosóficas, psicológicas y sociológicas. Desde un punto de vista filosófico es uno de los principios básicos, más simples y evidentes de la lógica, al par que el principio de contradicción. Si una cosa no es idéntica consigo misma, no hay posibilidad de pensar ni de hablar de modo congruente; todo intento de diálogo y de comunicación sería vano. Esta charla no tendría sentido, ya que cada uno estaría pensando en una cosa diversa e indefinida. Desde el lado psicológico, la identidad es, por una parte, la conciencia que el sujeto tiene de sí mismo, la radical mismidad que permanece en él durante y después de todo cambio, la percepción inalterable, anterior a todo conocimiento racional, de su individualidad primigenia que confiere unidad y consistencia a sus funciones, convirtiéndose en punto unitario de coherencia interna y de referencia externa. La identidad distingue al individuo de todo lo que le es ajeno e incluso de sus propios actos, estados y relaciones. Éstos van y vienen, pueden enriquecer o empobrecer, fortalecer o debilitar esa identidad, según respondan a su orientación primordial o la ignoren y comprometan en procesos heterogéneos difícilmente asimilables. De modo objetivo, la identidad se puede presentar como el precipitado de criterios, aspiraciones y actos que contribuyen a forjar la *entraña* de la propia conciencia y, como consecuencia, la imagen que de ella se proyecta hacia el exterior. Esta imagen, tanto interior como exterior, puede ser positiva o negativa. Y de ella depende, en gran parte, la aceptación social de la persona o del grupo, y, en consecuencia, también su fuerza de expansión.

3. Identidad emocional e identidad racional

En ninguna de estas dos manifestaciones es la identidad una realidad inmutable, una realidad que se forje de una vez para siempre. Ambas son, más bien, realidades dinámicas y porosas, capaces de absorber e integrar nuevos elementos y, por tanto, de enriquecerse; pero también de empobrecerse y debilitarse al contacto con el mundo externo, con otras identidades y otros modos de pensar. Hay identidades endebles e

identidades fuertes; las hay de marca preferentemente emocional y las hay de arraigo fuertemente racional. Las primeras son más superficiales y casi siempre están a la intemperie, expuestas a las asechanzas de la moda de cada momento. Las otras están más resguardadas y, por ende, son más resistentes y también más capaces de dialogar fructuosamente con la moda del momento. Pero, ambas son necesarias y cuando conviven en un mismo sujeto se protegen y potencian mutuamente. El hombre no es pura inteligencia, que se alimente de puras abstracciones. Necesita ejemplos, ritos, costumbres que den cuerpo a las ideas y hablen a su sensibilidad. «Una civilización puramente abstracta que descanse únicamente sobre la evidencia racional y controlable no puede sobrevivir», escribía en 2005 el entonces cardenal Ratzinger en el prólogo al libro de Juan Pablo II, *Memoria e Identidad*, «porque le faltan rasgos de que ninguna vida puede prescindir. Los valores que van más allá de la racionalidad inmediata se pierden y así el mismo hombre deviene manipulable». Ninguna identidad puede prescindir impunemente de los ritos, fiestas, juegos, hábitos sociales que la envuelven, la protegen y la hacen visible. Cuando en 1968 los vocales de nuestro capítulo general cancelaron tantos usos, tradiciones y devociones que formaban parte de la vida cotidiana de los frailes no tuvieron presente esta ley social.

Los agustinos recoletos no deberíamos echar en saco roto esta precisión. Nuestra identidad emocional ha sido casi siempre más fuerte que la racional. Los recoletos no han tenido a lo largo de la historia mayores dificultades en reconocerse como recoletos y de ordinario han lucido ese nombre con orgullo, aun cuando no siempre hayan acertado a traducir sus sentimientos a un lenguaje conceptual. La experiencia de la vida colegial, vivida casi siempre en un clima de cierta distensión y familiaridad, las veladas y funciones en que se pronunciaban discursos de exaltación corporativa y se cantaban himnos a la Recolección y a sus santos, las charlas de los misioneros, la iconografía conventual, libros como los de Simonena, Fabo, Corro, Oficialdegui y otros, la similitud de usos y lealtades en la mayoría de los religiosos, con historias locales, familiares y sociales muy similares, y otros mil detalles de la vida de cada día, creaban un espíritu de familia que, favorecido por un cierto aislamiento, en la mayoría de los frailes aguantaba toda la vida y aseguraba su sentido de pertenencia a un grupo suficientemente definido.

Hoy esta identidad emocional está expuesta a embates más insidiosos. El pluralismo religioso y cultural en que, de modo más o menos intenso, nos movemos ya todos, el contacto cada día más frecuente y estrecho con otros modelos de vida consagrada y la formación de los religiosos jóvenes en centros intercongregacionales plantean problemas que ella sola es incapaz de resolver. Cada día se necesita con más urgencia el apoyo de una identidad conceptualmente bien perfilada y definida. Por fortuna, nosotros la tenemos suficientemente expresada en las constituciones que es nuestro *Libro de oro*, el libro que nos ayuda a descubrir la voluntad de Dios aquí y ahora, y que, además, nos equipa para debelar los obstáculos que a ella se oponen. Creo que hay que dar ya ese paso. Debemos pasar de ver las constituciones como un libro jurídico más, como un código de comportamiento que asigna a cada uno su puesto en la comunidad, que regula nuestras relaciones y de ese modo hace posible la convivencia, ahorrándonos malentendidos y conflictos, para ver en ellas un reflejo de la voluntad de Dios, un auténtico camino de santidad: *el* camino que nos lleva a la salvación y a la santidad; no *un* camino más, sino *el* camino para nosotros más seguro, porque cuenta con la garantía de la Iglesia y de quienes por él la han alcanzado. Antes de ayer fueron los mártires de Japón, ayer san Ezequiel, hoy Ignacio Martínez, Mariano Gazpio, Jenaro Fernández o Alfonso Gallegos. Dos fueron misioneros; uno, obispo; y otro, estudioso. Pero los cuatro siguieron ese camino con fidelidad, sin desviarse ni a derecha ni a izquierda, y, al llegar a su término, encontraron a su Dios en el monte.

4. Calado de la identidad recoleta

No cabe decir que nuestra identidad constitucional sea de poco calado o que quede al margen o en la superficie de la persona humana. Considerados positivamente, los rasgos que la perfilan responden a las tres exigencias básicas del hombre cristiano. La contemplación satisface a las mil maravillas su sed de soledad y de absoluto. La comunidad sale al encuentro de las exigencias de su naturaleza social, y el apostolado mana del mandato misionero de Cristo y de las demandas del doble amor a Dios y a los hombres. Si los contemplamos desde una perspectiva negativa, son remedios utilísimos de tres de las grandes deficiencias de nuestro mundo actual: la dispersión, el individualismo y el relativismo religioso. Siempre se ha visto en los votos un freno a la triple concupiscencia que acecha al hombre caído: la carne, el orgullo y las riquezas. O mejor, unas fuerzas, que, liberando al religioso de ese triple collar, lo disponen a una entrega más generosa a Dios y a los hombres. De modo similar, el triple elemento del carisma agustino recoleto nos arma para sostener con éxito otro triple combate: el de la unificación de la persona, el de su sociabilidad y el de su vocación apostólica y misionera. Me place notar que coinciden con las tres entregas simbólicas que Juan Pablo II depositó en manos de los jóvenes italianos de acción católica reunidos en Loreto en septiembre de 2004:

«Carísimos, os invito a renovar vuestro sí y os confío tres entregas. La primera *es "la contemplación": esforzaos por caminar* por la vía de la santidad*, manteniendo fija la mirada en Jesús, único Maestro y Salvador de todos.*

La segunda entrega *es "la comunión": procurad promover* la espiritualidad de la unidad *con los pastores de la Iglesia, con todos los hermanos en la fe y con otras asociaciones eclesiales. Sed fermento de diálogo con todos los hombres de buena voluntad.*

La tercera entrega *es "la misión": llevad* el fermento del Evangelio *a las casas y a las escuelas, al trabajo y al tiempo libre. El Evangelio es palabra de esperanza y de salvación para el mundo».*

Esas palabras del Papa, a pesar de quedar por debajo del nivel de exigencia que suponen nuestras constituciones –no se olvide que como agustinos y recoletos llevamos en nuestro DNA el ideal de aspirar siempre a más y más; que somos descendientes de gente radical e insatisfecha, que quería señalarse en el servicio de su Señor, gente que sabía que Dios es inmenso y siempre queda mucho de él por conocer y amar, que no es propio del agustino ni del recoleto pararse a contemplar con fruición el camino recorrido cuando queda tanto por recorrer–, deberían estimular nuestra creatividad y movernos a buscar modos que den cuerpo a los enunciados doctrinales de las constituciones. Ése es hoy nuestro reto: cómo hacer de nuestras comunidades verdaderos lugares de oración, lugares donde los fieles encuentren las facilidades, las técnicas y los maestros de oración que pedía Juan Pablo II al constatar el eco que hoy encuentran las religiones orientales. Lo mismo cabe aplicar al aspecto comunitario. ¿Somos agentes de solidaridad, de acogida, de diálogo? ¿Lo son nuestras parroquias y colegios? ¿O, más bien, nos dejamos llevar del individualismo y formamos comunidades, si no excluyentes, sí un tanto despreocupadas de los demás?

Tarsicio Van Bavel ha escrito varias veces que la comunidad agustiniana tiene mucho de denuncia social, porque está construida no sobre las fuerzas o convenciones que de ordinario rigen las colectividades –orgullo, ambición, afán de poder, rivalidad–, sino sobre la aceptación del otro, y porque con la puesta en común de todo cuanto son y cuanto poseen sus miembros muestran la posibilidad de construir la sociedad sobre pilares más firmes y solidarios. Su simplicidad de vida tiende a construir una sociedad de hermanos y hermanas. Las comunidades agustinianas deben ser un estímulo a la convivencia, a la solidaridad y al diálogo, y no solamente en su ámbito interno. Ésos

son los elementos que darían el tinte propio que la Iglesia exige hoy a la acción pastoral de los religiosos y del que se hace eco el número 283 de nuestras Constituciones[2].

5. Situación actual: teoría y práctica. Dos *puncta dolentia:* ascesis y recogimiento

En el ámbito de la teoría hoy los agustinos recoletos estamos en un momento privilegiado. Tras años de olvido e ignorancia de nuestra auténtica historia, hoy conocemos bastante bien nuestro origen, sabemos de dónde venimos y cuáles fueron los móviles e ideales de nuestros padres. Sabemos también cómo y cuándo embocamos la parábola descendente y cómo y cuándo ésta se consumó hasta asimilarnos a un grupo de espiritualidad sacerdotal e individualista, muy alejada de la ascesis recogida y comunitaria de nuestros orígenes. Pero la fuerza de la inercia y el influjo de las estructuras creadas, y también un cierto temor ante un carisma exigente, que requiere esfuerzo, estudio y creatividad, nos paralizan o al menos nos restan entusiasmo y nos colocan a la defensiva, contentándonos con imitar los modelos de vida religiosa del momento, que pueden ser muy buenos y muy dignos –y lo son, sin duda–, pero que quizá no respondan plenamente al modelo recoleto. Creo que hay que poner más cuidado en la búsqueda de modelos, en la elección de maestros, en la dirección de ejercicios. Quizá lo que sea bueno para un claretiano, no lo sea tanto para un agustino recoleto. Nuestro modelo de vida religiosa está más cercano a los dominicos, a los carmelitas descalzos y aun a los franciscanos.

No es, pues, hoy el desconocimiento de nuestro origen y de nuestro carisma nuestra carencia más grave. La orden tiene ya ideas suficientemente claras sobre su origen, su contenido y su significado. Lo que se echa en falta es la percepción y el aprecio de su valor, amén de una cierta dosis de valentía para afrontarlo con sinceridad y ánimo desapasionado.

Ese miedo es el responsable, al menos en parte, de la falta de análisis más circunstanciados y más prácticos, de la escasez de trabajos de discernimiento que criben el contenido de nuestra primitiva legislación, que separen la paja del trigo, las charcas pantanosas de las fuentes de agua viva. Así como de una asunción más clara de las exigencias que conllevan la sobriedad y el recogimiento, dos actitudes que impregnan las leyes y la vida de nuestras comunidades primitivas. Ambas actitudes son, por otra parte, profundamente agustinianas y, a la vez, denuncian y pueden sanar dos de los males que más afligen hoy a nuestro mundo occidental. La sobriedad podría ser el nombre actual de la penitencia y un antídoto cristiano contra el consumismo que tanto se deprecia, pero que con tanto afán se procura. No hay que olvidar que la sobriedad templa el carácter y dispone el alma a la oración y a la lucha. No sin razón afirmaba Agustín que quien no se abstiene de cosas lícitas está cerca de caer en las ilícitas: *qui enim a nullis refrænat licitis, vicinus est et illicitis*[3]. Uno de los más autorizados intérpretes actuales del pensamiento agustiniano, a pesar de ser muy consciente de las insidias que encierra, escribió hace unos años que la vida religiosa –también la agustiniana– exige ascesis. Incluso ve en la ascesis uno de los pocos rasgos que permiten identificar al religioso en el mundo de hoy[4].

---

[2] «El estilo propio de santificación y apostolado de la orden exige a ésta una inserción precisa en la vida de la Iglesia. De ahí que nuestras comunidades pueden y deben ser centros de oración, recogimiento y diálogo personal y comunitario con Dios, ofreciendo generosamente iniciativas y servicios concretos en la línea de lo contemplativo y comunitario, para que el pueblo de Dios encuentre en nosotros verdaderos maestros de oración y agentes de comunión y de paz en la Iglesia y en el mundo».

[3] *De utilitate ieiunii*, 5,6: PL 40, 711.

[4] T.J. VAN BAVEL, *The Basic Inspiration of Religious Life,* Villanova 1996, 123-25: «A religious interpretation of asceticism is not only possible, but, indeed, religion calls for asceticism. […] Asceticism and the service of God are closely linked to one another […] Wherein does the difference between the usual Christian mode of living and that of religious life? As I see it, in this: that religious try to make the eschatological and ascetic aspect of Christian existence to be the predominant aspect of their lifestyle».

En ese mismo libro (pp. 49-64) explica el sentido cristiano del ascetismo. No es sólo renuncia, privación, mortificación, repliegue y recelo ante las criaturas. Es también un instrumento imprescindible en la tarea de la autoformación y desarrollo de todo hombre. Demócrito, el filósofo griego, creía que más gente llegaba a hacerse humana por el esfuerzo que por aptitud natural. La ascesis ayuda a ser más libre, a

Juan Pablo II creía que la ascesis «es indispensable a la persona consagrada para permanecer fiel a la propia vocación y seguir a Jesús por el camino de la Cruz»[5]. Purifica y transforma la existencia de «las personas consagradas» y de las comunidades religiosas. Las libera «del egocentrismo y la sensualidad» y las capacita para dar «testimonio de las características que reviste la auténtica búsqueda de Dios, advirtiendo del peligro de confundirla con la búsqueda sutil de sí mismas o con la fuga en la gnosis»[6]. En otro número de la misma exhortación afirma que el empeño ascético «es necesario para dilatar el corazón y abrirlo a la acogida del Señor y de los hermanos»[7]. También Benedicto XVI ha insistido en la necesidad de la ascética y en su inseparable conexión con la mística, al punto de no ser posible la una sin la otra. Así se expresó en carta al rector mayor de los salesianos del 1 de marzo de 2008: «No puede existir una mística ardiente sin una ascesis robusta que la sostenga, y, al revés, nadie está dispuesto a pagar un precio alto y exigente si no ha descubierto un tesoro fascinante e inestimable. En un tiempo de fragmentación y fragilidad como es el nuestro, es necesario superar la dispersión del activismo y cultivar la unidad de la vida espiritual a través de la adquisición de una profunda mística y de una sólida ascética. Esa adquisición alimenta el empeño apostólico y es garantía de eficacia pastoral»[8]. Poco más adelante añadía que «una vida simple, pobre, sobria, esencial y austera» ayuda a robustecer la respuesta vocacional y a afrontar las insidias de la mediocridad y del aburguesamiento, y a hacernos más cercanos a los menesterosos. De san Nicolás de Tolentino, el santo «primogénito de la familia agustiniana», se dijo en su proceso de canonización que «crucificaba la propia carne […] para poder servir por entero y plenamente a nuestro Señor Jesucristo»[9].

Estas ideas concuerdan con las enseñanzas de Agustín en la carta a Proba –«Los ayunos, las vigilias, y todo tipo de mortificaciones ayudan sobremanera a la oración»[10]– y las exigencias de la *Forma de vivir*[11].

En la Baja Edad Media la ascesis adquirió un matiz cristológico que entre nosotros vivió de modo especial san Ezequiel Moreno. «No se trata ya de vencer con Cristo […] el poder del pecado, sino de sufrir con Cristo como para aligerar su sufrimiento tomándolo sobre sí: una ascesis de compasión, que desde san Pedro Damián, se hará patente en los franciscanos, y formulará abiertamente en el siglo XIV Enrique Suso. A ello añadirá la Edad Moderna una ascesis de reparación (el Sagrado Corazón)»[12].

---

superar las tensiones o, al menos, a convivir con ellas. Esa concepción, común entre los filósofos antiguos, está teñida de egocentrismo, ya que busca, ante todo, el desarrollo de la propia personalidad. Resulta, por tanto, ambigua y poco satisfactoria para el cristiano. Pero no es totalmente negativa. Infinidad de cristianos la han hecho propia en su afán por disciplinar el carácter, conseguir la virtud y llegar a la perfección. Con todo, el cristianismo valora más su dimensión escatológica –si este mundo es transitorio, si no es nuestra morada definitiva, hay que usar de él con discreción (1Co 7,29-31)–, la doctrina del pecado original y, sobre todo, el ejemplo de Cristo y de los primeros cristianos. Hoy psicólogos y sociólogos subrayan sus valores sociales: libera energías preciosas para la construcción de una sociedad más justa y humana. En cierto sentido cabría decir que la sobriedad ha entrado hasta en el mundo de la publicidad, que ya habla con frecuencia del ahorro de energía, del respeto a la naturaleza y del cuidado de sus recursos.

[5] *Vita consecrata,* 38.

[6] *Ibid*., 103.

[7] *Ibid*., 38.

[8] «Non vi può essere un'ardente mistica senza una robusta ascesi che la sostenga; e viceversa nessuno è disponibile a pagare un prezzo alto ed esigente, se non ha scoperto un tesoro affascinante e inestimabile. In un tempo di frammentazione e di fragilità qual è il nostro, è necessario superare la dispersione dell'attivismo e coltivare l'unità della vita spirituale attraverso l'acquisizione di una profonda mistica e di una solida ascetica. Ciò alimenta l'impegno apostolico ed è garanzia di efficacia pastorale»: *L'Osservatore Romano*, 3-4 marzo de 2008, p. 8.

[9] Citado por P. PANEDAS, *El santo de la estrella. San Nicolás de Tolentino,* Madrid 2005, 115.

[10] *Epístola* 130,31: PL 33, 507.

[11] FV 5 9,13.

[12] Alejandro MASSOLIVER, «Ascesis»: *Diccionario teológico de la vida religiosa, Madrid* 1989, 66-76; SAN EZEQUIEL MORENO, *Devoción a los dolores internos del Sagrado Corazón de Jesús*, Pasto 1900, 112-13.

Ese rechazo de la ascesis y del esfuerzo desvela dos lagunas de la renovación postconciliar de la vida religiosa. La primera laguna sería una idea parcial, cuando no falsa, del hombre caído, que se manifiesta en la preeminencia que de ordinario se da al aspecto racional en la formación inicial y, sobre todo, en la permanente. Es una confianza digna de los ilustrados del siglo XVIII, que creían que para cambiar al hombre bastaba con educar su entendimiento. La historia y la actualidad más cotidiana nos muestran cada día que el hombre es algo más que razón y que el hombre ilustrado también se encuentra desarmado ante los embates de las pasiones. La otra laguna sería la poca atención prestada a la acción de la gracia. Agustín, sin embargo, estaba convencido de que sin el auxilio de la gracia el esfuerzo humano no daría grandes frutos. Su propia experiencia le había enseñado que la convicción intelectual es insuficiente para abrazarse decididamente con el bien[13], que la voluntad humana se resiste a arrostrar las angosturas del camino que a él conduce[14] y a sacrificar los bienes terrenos para adquirir la margarita del evangelio[15].

Más agustiniano, y quizá también más necesario para nuestro mundo, es todavía el silencio, el recogimiento. Es uno de los presupuestos y manifestaciones esenciales de la interioridad agustiniana. La reflexión, la contemplación, la inquisición, la búsqueda incesante y otras actitudes afines forman el haz de hábitos que mejor definen su vida y su pensamiento. Es, además, una actitud imprescindible para quien aspire a ser dueño de su vida y de sus destinos. Las constituciones preconciliares lo tenían por el adorno más hermoso de las órdenes regulares –*præcipuum omnium ordinum regularium decus*[16]-; y en 1950 el general de la época veía en el recogimiento el rasgo distintivo de los recoletos dentro de la familia agustiniana[17]. El Kempis lo comparaba al terreno fértil en que crece vigorosa la virtud: *In silentio et quiete proficit anima devota*[18].

«Todo libro es hijo del silencio», leí hace unos años en una recensión bibliográfica. Y se podría añadir que sin silencio no hay progreso tecnológico ni madurez humana ni religión auténtica. Sin interioridad el hombre es pura superficialidad, sin consistencia interna, y, por tanto, un ser siempre a la deriva, víctima de la emoción del momento, de la moda, de la voz que más grita, del viento que más sopla o del disfraz más vistoso.

Séneca advirtió que la primera señal de un ánimo equilibrado es la capacidad de pararse y permanecer sereno en compañía de sí mismo: *primum argumentum compositæ mentis existimo posse esse consistere et secum morari*[19]. Agustín hizo suyo ese pensamiento y lo enriqueció con las célebres fórmulas en que resumió su teoría sobre la interioridad: *Noli foras ire, in te ipsum redi, in interiore homine habitat veritas [...] transcende teipsum*[20]. Sólo en nuestra recámara interior, –por emplear un término del gusto de los recogidos del siglo XVI, tan empapados de doctrina agustiniana y progenitores inconscientes de la Recolección–, nos encontramos con nosotros mismos y llegamos a conocer la verdad. Es necesario, por tanto, pararse a pensar, distanciarse de lo que nos rodea y nos aturde, si queremos reencontrarnos con nosotros mismos y encontrar al Dios que habita en nosotros: «Regresa primero a tu corazón, tú que andas

[13] *Conf.* 8,5,11: PL 32, 753-54.

[14] *Conf.* 8,1,1: PL 32, 749: «Placebat via, ipse Salvator, et ire per eius angustias adhuc pigebat: me gustaba el camino, el mismo Salvador, pero me retraía su angostura».

[15] *Conf.* 8,1,2: PL 32, 749: «Inveneram iam bonam margaritam, et venditis omibus quæ haberem, emenda erat, et debilitabam: había yo ya encontrado la margarita preciosa que había de comprar tras vender todos mis haberes, pero continuaba vacilando».

[16] *Constitutiones OAR* 1937, n. 325.

[17] Feliciano DE OCIO, «Instructio de congruentiori modo sodales ordini adsciscendi eosque in religiosam et sacerdotalem perfectionem ducendi», n. 196: «Insistamos en el concepto de recogimiento, que en nuestro caso viene a ser sinónimo de Recolección, es decir de lo especificativo en nosotros dentro de la gran familia agustiniana»: *Acta Ordinis* 1 (1950-51) 76.

[18] *De Imitatione Christi,* liber 1, cap. 20, 4.

[19] *Ad Lucillium* 1,2: *L. Annæi Senecæ ad Lucillum epistolæ morales.* Recognovit… D. Reynolds, Oxford Classical Texts, Oxford 1978, 2. Traducción española: *Epístolas morales a Lucilio* I (Libros I-IX, Epístolas 1-80), Madrid, Editorial Gredos, 1994, 98.

[20] *De vera religione* 39, 72: PL 34,134.

desterrado y errante. ¿A dónde? Al Señor. […] Vuelve al corazón y contempla allí lo que quizás sientas de Dios. Allí está la imagen de Dios. En el interior del hombre habita Cristo»[21].

En las *Confesiones* invita a la interioridad con palabras que parecen escritas en nuestros días, en que todos vivimos volcados hacia el exterior, pendientes de la última noticia y deseosos de conocer y viajar al último paraíso de las ofertas turísticas: «Viajan los hombres para admirar las crestas de los montes, la inmensidad del océano, el oleaje proceloso de los mares, el copioso curso de los ríos, los giros de los astros. Y sin embargo, pasan de largo delante de sí mismos»[22]. Para Pablo VI el silencio era «una exigencia del amor divino»[23]. Y Juan Pablo II creía incompatible la santidad con el bullicio: «La llamada a la santidad es acogida y puede ser cultivada sólo en el silencio de la adoración ante la infinita trascendencia de Dios»[24]. Nuestras constituciones primitivas lo creían fuente de fortaleza para los religiosos[25].

6. Alcance y límites del aporte de la historia y de la tradición

En esta breve descripción valorativa de nuestra identidad religiosa, o, más bien, de algunos rasgos que, según las constituciones y la tradición recoleta, forman parte de ella, faltan detalles y precisiones. He presentado rasgos extraídos de la tradición y de la historia, y que, por tanto, no nos es dado desconocer o marginar. Para ser significativos el hombre y las sociedades tienen ser lo que son, según la célebre sentencia de Píndaro[26]. A Rizal le gustaba repetir la vieja sentencia: «quien ignora de dónde viene no llegará a donde va»[27]. Y Benedicto XVI ha exhortado a los cristianos a volver sus ojos a sus orígenes si han de corregir algunos de los errores en que han incurrido en los tiempos modernos: «Es necesario que en la autocrítica de la edad moderna confluya también una autocrítica del cristianismo moderno, que debe aprender siempre a comprenderse a sí mismo a partir de sus propias raíces»[28]. Si es cierto que sólo la historia conserva la memoria común y que sin memoria común no hay identidad colectiva, es clara la necesidad que de ella tienen los organismos vivos. Es ella la que «garantiza y conserva los valores» que los definen y constituyen. «Las memorias de las generaciones pasadas, de sus sufrimientos y derrotas, de sus triunfos, de sus experiencias en las situaciones históricas, de los valores importantes de la vida […] crean comunidad y señalan a sus miembros los caminos de la vida. Sin memoria, sin raíces no puede vivir ni la comunidad ni la persona. La memoria nos da las raíces de las que sorbemos el "sentido" de la vida». «Un pueblo pervive si guarda su tradición y la vivifica con el diálogo intergeneracional. Si se interrumpe la transmisión de padres a hijos, éstos se sentirán desarraigados, huérfanos, sin morada espiritual. Sin memoria una comunidad muere»[29]. Muchas de estas ideas las ha barajado recientemente Benedicto XVI en el discurso que dirigió a los miembros de la Pontifica Comisión de Ciencias Históricas el 7 de marzo de 2008.

---

[21] *Tract. in Ioannem* 18,10: PL 35,1.541-42.

[22] *Conf.* 10, 8,15: PL 32,785. Petrarca, el gran humanista y lector entusiasta de las *Confesiones*, tuvo muy presentes esas palabras al comentar, en las cartas familiares, su célebre ascensión al monte Ventoux: Évelyne LUCIANI, *Les Confessions de saint Augustin dans les lettres de Pétraque*, París 1982, 115-17, 124, 243.

[23] *Evangelica Testificatio*, 46: AAS 63 (1971) 520.

[24] *Vita consecrata*, 38.

[25] «Quoniam Spiritus Sanctus per prophetam docendo dicit: "in silentio et spe erit fortitudo vestra" [Is 30,15], idcirco statuimus et mandamus…»: *Constitutiones 1664*, 75; *Constitutiones 1745*, 69.

[26] *Píticas* 2, estrofa III, 12; traducción española en PÍNDARO, *Obras y fragmentos*, Madrid, Editorial Gredos, 1994, 152, cf. Aldo MAGRIS, *Nietzsche*, Brescia, Morcelliana, 2003, 326 (nota). San León Magno aplicó la frase a la formación cristiana del bautizado al exhortarle a tomar conciencia de su dignidad de *nueva creatura* y a obrar en sintonía con ella: Paolo MICCOLI, «Diventa ciò che sei»: *L' Osservatore Romano*, 3 marzo 2006, 3.

[27] Giorgio PASQUALI, *Filologia e storia*, Florencia 1998.

[28] *Spe Salvi* 22.

[29] *Liberi perché cristiani*: entrevista con el card. Caffara: *L'Avvenire,* Roma, 8 junio 2008. García Márquez ha desarrollado plásticamente esta idea en *Cien años de Soledad*: la gente de Macondo sólo recobra la vida cuando Melquiades le devuelve la memoria y con ella el significado de las cosas.

Si la historia y la tradición tienen tanto peso en cualquier sociedad humana, más deben tenerlo en una sociedad que se reconoce fruto del Espíritu y que recibió su última sanción de la Iglesia jerárquica. Tal sociedad no es dueña absoluta de sus destinos, sino que tiene que responder siempre al Espíritu que un día la trajo a la vida; y a la Iglesia, que la acogió en su seno. El carisma de los institutos religiosos, les dijo Pablo VI a los jesuitas en 1975, es bien común de la Iglesia y, por tanto, ningún instituto puede modificarlo a su antojo. En última instancia, su árbitro es el sumo pontífice[30] o la sede apostólica, si se prefiere la nomenclatura del código actual[31].

Pero todo esto puede resultar peligroso si se exagera su alcance, si se le da un valor absoluto, si se olvida lo que antes se ha dicho sobre el dinamismo de toda identidad. Hay, pues, que recordar que la identidad está siempre en proceso, que es una realidad en construcción, es decir que se va forjando y construyendo al contacto e influjo de los más variados factores culturales y sociológicos. «Construccionista» es, precisamente, el término preferido por muchos estudiosos de la identidad al constatar los límites de quienes prefieren subrayar el influjo de los orígenes y hablan de una identidad esencialista y perenne[32]. Renán esculpió esta idea en una de sus célebres sentencias: «Toda sociedad humana es un plebiscito cotidiano»[33].

Hay, pues, que relativizar y contrastar esta descripción que puede adolecer de «esencialista» con otras perspectivas. Una de ellas es imprescindible, y es la apertura al futuro, propia de todo ser vivo. Toda sociedad que permanezca anclada en el pasado, apartando la vista del horizonte y reacia al cambio, está destinada a desaparecer de la faz de la tierra[34]. Caerá en la insignificancia y en la esterilidad, la red en que al final quedan atrapados todos los narcisismos. Recientemente, en un discurso a gentes de leyes, Benedicto XVI ha afirmado que toda ley «debe responder a las circunstancias mudables de la realidad histórica del Pueblo de Dios». Y que esa fidelidad exige «abrogar las normas que resulten anticuadas; modificar las que necesiten ser corregidas; e interpretar –a la luz del Magisterio vivo de la Iglesia– las dudosas»[35].

No resulta difícil aplicar sus palabras al tema que ahora nos ocupa. El culto indiscriminado al propio pasado, el apego excesivo y exclusivo a una identidad de rasgos estáticos, adolece de un esencialismo que choca con la sociabilidad del hombre, la catolicidad del mensaje cristiano y la movilidad del mundo actual. En enero de este año Benedicto XVI animaba a la Iglesia de Roma a no contentarse con las recetas del pasado, a no interrumpir nunca la búsqueda. «A diferencia de lo que sucede en el campo técnico o económico, donde los progresos actuales pueden sumarse a los del pasado, en el ámbito de la formación y del crecimiento moral de las personas no existe esa misma posibilidad de acumulación, porque la libertad del hombre siempre es nueva y, por tanto, cada persona y cada generación debe tomar de nuevo, personalmente, sus decisiones. Ni siquiera los valores más grandes del pasado pueden heredarse simplemente; tienen que ser asumidos y renovados a través de una opción personal, a menudo costosa»[36].

No es tampoco el estilo de quien se precie de seguir las huellas de Agustín, quien no cesó nunca de ponerse en cuestión. La orden, como sociedad humana, no es nunca autosuficiente, no encuentra en su seno respuestas a todos los interrogantes que plantea la vida, y para encontrar su sitio en la sociedad y en la Iglesia ha de estar atenta a cuanto sucede a su alrededor. Antonio Gala ha expresado estas mismas ideas de un modo más desenfadado, pero

---

[30] Discurso de Pablo VI a los jesuitas, 7 marzo 1975.

[31] *Codex Iuris Canonici 1983*, canon 583.

[32] Robert G. DUNN, *Identity Crises: A social Critique of Postmodernity*, Minneapolis 1998.

[33] E. RENAN, «Qué es una nación», cf. José ORTEGA Y GASSET, *La Rebelión de las Masas,* Madrid, Espasa Calpe (Colección Austral 1*),* 1966, 149-52.

[34] DIOCESI DI ROMA, *Ho creduto per questo ho parlato*, Roma 2004, 29: «Una religione che rimanesse ferma al suo passato originario senza accettare lo sviluppo che, creando tradizione, permette anche il suo progresso, sarebbe facilmente destinata a scomparire presto o tardi dalla faccia della terra. Dall'altra parte il declino sarebbe inarrestabile se una religione si trasformasse a tal punto da perdere il riferimento alla dimensione spirituale ed etica».

[35] BENEDICTO XVI, «Discurso a los participantes en el congreso sobre los textos legislativos», Roma, 15 enero 2008: *L'Osservatore Romano*, 26 enero 2008, 5.

[36] *Ibid*.

extremamente eficaz: «Un organismo vivo no se alimenta de recordatorios: necesita sustento, luz, aire, compromisos, mudanzas, proyectos, sentimientos. Sin futuro, el pasado no es nada, y menos aún el presente. Descansar sobre el pasado sólo sirve para levantarse después y hacer nueva andadura; quedarse inmóviles en él es peor que olvidarlo. Hemos de asemejarnos a los dioses bifrontes, uno de cuyos rostros aprendía del pasado mientras otro encaraba el porvenir. Ahí residen la ventaja y el riesgo»[37].

También Rahner ha subrayado la interdependencia del pasado y el futuro: «Sólo podremos conservar intacto el pasado si nos sentimos urgidos por el futuro y si, al mismo tiempo que conservamos, conquistamos»[38]. Es preciso combinar las tres dimensiones que configuran al hombre total. Un teólogo de nuestro tiempo, Olegario González de Cardedal, ha escrito que «el hombre existe en la verdad cuando conjuga el pasado, el presente y el futuro, sin recortar ninguno y sin que ninguno se yerga autoritario sobre los otros dos». Incluso llega a comparar el papel de estas tres categorías en la vida humana con el que juegan en la sobrenatural «la fe, la esperanza y la caridad», que serían «la expresión teologal de esta estructura temporal de la vida humana». Mucho antes había escrito Agustín que el hombre vive y obra en el tiempo, orientado por la memoria del pasado, por la percepción del presente y por la tensión hacia el futuro[39].

De todo ello deduzco, con Elliot, uno de los mejores hispanistas ingleses, que «la misión del historiador es establecer un diálogo entre el pasado, el presente y el futuro; dar a la generación actual una larga perspectiva sobre por qué estamos así y por qué hemos llegado a este punto. Mostrar sencillamente que, en cualquier momento de la Historia hubo opciones y caminos que no se tomaron, tratando de explicar por qué no fueron elegidos cuando había posibilidades de hacerlo»[40].

Entre nosotros esa labor, de carácter sintético y global, quizá todavía deba esperar algunos años. Es una historia que sólo se puede escribir a partir de microhistorias o al menos de biografías, relatos y crónicas que narren con suficiente amplitud y veracidad, sin miedo a las *páginas negras*, la vida de las personas y de las comunidades, que nos hagan comprender sus reacciones ante las circunstancias en que les puso la vida.

Hay que recordar siempre la regla áurea de Cicerón: «Primam esse historiæ legem, ne quid falsi dicere audeat; deinde ne quid veri non audeat: la primera ley de la historia es no atreverse a decir nada falso, y luego no atreverse a omitir nada verdadero». León XIII la tuvo muy presente en 1883 al abrir el archivo vaticano a los estudiosos, llegando a afirmar que la Iglesia nada tiene que temer de la verdad[41]. Y san Gregorio Magno, aunque en otro contexto, todavía había dado un paso más, llegando a afirmar que si de la verdad se siguiera algún escándalo, es más útil permitirlo que renunciar a la verdad: «Si autem de veritate scandalum sequitur, utilius permittitur scandalum quam veritas relinquatur»[42].

Ángel MARTÍNEZ CUESTA, OAR

---

[37] Antonio GALA, «Andalucía»: *Así se hizo España. 5: Andalucía*, 2007, 90.

[38] *Escritos de teología*, citado por E. AYAPE, «Quinto reportaje de la Recolección»: BPSN 59 (1969) 62; Juan Pablo II a la Universidad Gregoriana en el 450 aniversario de su fundación: «Dinanzi alle sfide dell'odierna società, questo è il momento per un coraggioso rilancio della vostra Istituzione. È l'occasione per ribadire una totale fedeltà all'intuizione ignaziana e porre in atto un rinnovamento coraggioso, perchè la memoria del passato non si esaurisca nella contemplazione del già fatto, ma diventi impegno nel presente e profezia per il futuro»: *L'Osservatore Romano*, 7 abril 2001.

[39] S. AGUSTÍN, *Confessiones* 11, 28, 38: PL 32, 824.

[40] Entrevista concedida a la historiadora Asunción Doménech: *Aventura de la Historia*, enero 2003, 96.

[41] Arnold ESCH, «Leone XIII, l'apertura dell'Archivio Segreto Vaticano e la storiografia»: *Leone XIII e gli studi storici*, Ciudad del Vaticano 2004, 21-43; la cita en p. 31.

[42] SAN GREGORIO MAGNO, *In Ezechielem hom. liber* I, VII, 5: PL 76, 842; BAC 170, Madrid 1958, 298.